

De un muro a otro

por

Carlos Morand

I

Calaveras de vacunos sobre la arena amarilla bajo el cielo casi blanco y unas montañas al fondo que eran apenas un tono más oscuro. Hicieron el trayecto de cinco horas desde la costa rengueando por una mala carretera en un automóvil alquilado. En Caimanes descargó el equipaje ayudado por el dueño del coche: dos maletas, una caja de libros (¿o eran dos?), el gramófono y la máquina de escribir. Chofer y viajero se movían ante la mirada del perro grande, negro, lustroso como un alazán, estatua instalada en uno de los asientos del coche, trasero contra cojín. En torno a ellos Caimanes se animaba, abandonaba muros, interiores, abría puertas, ocupaba huecos, y los iban rodeando, tal como te lo cuento: era como si todo el pueblo se hubiese reunido a mirarnos, máscaras secas de hombres, hombres de piel pardoterrosa, niños a los que el polvo y el sudor les pintaban muecas grises en el rostro, mujeres de negro, de eterno negro como si llevaran un luto ancestral, yo con mis maletas, mis cajas y mi traje de franela, saco cruzado, un pañuelo de hilo en el bolsillo superior, pantalones que se le adherían a las piernas como emplastos tibios, ahora, imagínate a "Bruno" con su collar rojo, ancho como un arnés: simplemente les resultábamos un espectáculo pintoresco, insólito, casi el colmo del exotismo, una mañana de sol a plomo por una plazoleta polvorienta, fétida a estiércol, tres árboles raquíticos, un par de mulas negras y la bomba del pozo pintada de rojo y a través de las gotas de sudor que vibraban prendidas a las pestañas

leyó al pasar las letras de un frontis P U L P E R con la segunda P que se caía y en un muro leproso V O T E X y *Mej* y la mitad de una o sin entenderles el significado cuando una mosca fue a pegársele en la frente pero él no podía espantarla porque llevaba una maleta en una mano y la caja del gramófono en la otra ¿o era el saco con libros o la otra maleta o la máquina de escribir? y además quería cruzar pronto ese campo calcinante y llegar y llegar y “Bruno” caminaba pisándole los talones, la lengua afuera, lechosa, húmeda, goteante como una llave mal cerrada pero, en eso, un hombre, un viejo, un monito octogenario se separó de un grupo para exclamar algo después de sacarse de la boca el pedazo de madera que chupaba y él escuchó algo así: ¡Linduperrazu patrshón linduperrazu queDioseloconserupurmuchusaños! *en un comienzo me costaba un triunfo entender el español de esta gente; sólo Anselmo era más claro; la mano del viejo parecía la pata de un monito; un monito que se adelanta a acariciar la cabeza de un perro; sin mostrarle animosidad, “Bruno” esquivó el contacto “y te pegaste más a mí”, recordaría mucho después, sobre todo cuando aquello comenzó a ocurrir. “Bruno” le había buscado los ojos con los suyos como si esa mirada hubiese querido explicarle por qué había rechazado la caricia del monito octogenario pero él no necesitó explicación alguna, había comprendido, había comprendido que también “Bruno”, el viejo y querido y noble “Bruno” se sentía un extraño en ese lugar, que también a él le repugnaba ese calor, que también a él le repugnaban esas moscas, esa calle de polvo y estiércol y siguieron caminando, “Bruno” iba casi al trote, siempre con la lengua afuera, lechosa, húmeda, goteante como una llave mal cerrada, la vista perdida a lo lejos, ignorando ese mundo, más bien protegiéndose de él, al refugiarse en el gesto altivo y yo procuraba distraerme en el recuento de las casas, una aquí, otra allá y un grupo de tres, terreno vacío salvo las matas secas, los tambores mohosos, las cajas despanzurradas, las ropas en un alambre, treinta ranchos de barro y techo de latón construidos por instinto, hornos mal alineados a uno y otro borde de una especie de calle que iba*

a morir en un barranco, lecho de río muerto convertido en basural y no supo de dónde, pero poco antes de dejar la última casa apareció el negro ¿o mulato? que salió a recibirlo con un trotecito corto. “Por aquí, patrón, por aquí, por aquí, patrón . . .” —se puso a canturrear mientras le señalaba con el cuerpo el sendero hacia la casa. Usaba un pantalón “blue-jean” y una camiseta color mugre con unas siglas estampadas en el pecho y circunscrita por una herradura desteñida. “Llámame Anselmo, patrón. Anselmo Agapito Valiente, patrón” y sin titubear había cogido de sus manos la caja del gramófono para echársela sobre un hombro e irse con ella en un trotecito que parecía un remedo de baile. Dejaron a la espalda los treinta ranchos de barro y latón y las miradas oscuras de sus habitantes; sólo unos perros les iban a la zaga, gruñéndole y ladrándole a “Bruno”, pero sin mostrar deseo de acercarse y unos chiquillos semidesnudos, color polvo, que daban volteretas en el aire y en el suelo y gritaban sin despegar los ojos de los bultos como si de ellos esperaran ver saltar monedas, objetos, cosas nunca vistas pero a medias intuidas, a medias soñadas, innumerables veces, en el límite febril de la carencia de todo; saltaron y gritaron y levantaron tierra con pies y manos hasta que el negro Anselmo, anselmoagapitovaliente, los corrió a patadas. “La casa no está lejos patrón, no está lejos patrón, no está lejos” —canturreaba el negro. Su hablar era más inteligible que el del monito octogenario. “Te va a gustar patrón, te va a gustar, te va a gustar la casa patrón” y sonreía ufano, siempre con la caja al hombro, volviéndose después de avanzar un poco para en seguida detenerse y retroceder unos pasos. Era el dueño de todo, del aire, del camino, del futuro inmediato y él debía seguirlo como los chiquillos y los perros le habían seguido a él *escúchame bien: se me hundían los pies en el polvo, los zapatos se habían convertido en una masa gris y la ropa, esa pobre ropa, esa maldita ropa. Jamás imaginé. Un baño, rogaba mentalmente, un baño y una navaja de afeitar y un vaso grande de cerveza helada y sentarme desnudo a la sombra, completamente desnudo ¡fuera con los zapatos! y abrir en abanico los dedos de los pies (te*

reirás al leer esto) y teclear con ellos el aire y cerrar los ojos para siempre. Jamás imaginé. "Por telegrama supimos, patrón, por telegrama supimos que venías" —iba diciéndole Anselmo Agapito Valiente, la cara brillante, la sonrisa blanca y también brillante, el pelo como fina mata de virutilla. "¿Es tú el capataz?" —le preguntó él haciendo un esfuerzo en su media lengua. "¿Capataz yo?" "Sí". "No, patrón, tú te equivocas, yo no soy capataz —hinchó el pecho como si aquel cargo fuera demasiado insignificante para él—. Yo soy chofer. Soy tu chofer". Y mientras la caja del gramófono se balanceaba en su hombro y se sostenía por milagro, ambas manos hicieron girar una rueda imaginaria. Una vuelta del sendero; los guijarros forzando una concavidad en los zapatos; otra vuelta del sendero; tras una cerca de matorrales asomó un tejado; en el porche de la casa de ventanas cegadas por la tela metálica fueron amontonando los bultos, todo lo que había traído consigo, *libros que creí indispensables traer para resistir mejor al cambio, como te dije aquella vez, el gramófono, discos, una máquina de escribir y ropa, mucha ropa, camisas blancas, corbatas de seda, trajes de buena tela pero, al parecer, inadecuados para este clima.*

para esta vida.

jamás imaginé, te repito.

¿qué ocurrió después pero siempre en el interior de ese día? sentado en una mecedora cric-crac-cric-crac y el crepúsculo rosado con las mariposas volando en torno a la lámpara y una sopa aguada y pan sin levadura y un café pasable en una taza de borde despostillado y la luz blanca que le daba sueño y le hacía sentirse más extraño aún y hay que organizarse, no es para tanto, no has llegado a otro planeta y tres pulgas gigantescas en la cama de olor a rancio y "Bruno" vomitando el agua y bromuro y el olor a gas de kerosene en el corredor y en el cuarto y el rasgueo de una guitarra que no se repitió y un golpe en la puerta y alguien en el umbral preguntando algo que no entendió y la tierra saliendo muy blanca y redonda

detrás de los cerros de la luna y el crujido al pisar un cascarudo y hojeando un libro y ¿quién viviría aquí antes que yo? y los párpados pesados ¿y ahora, qué? ¿y mañana?

Desde entonces transcurrió un mes. Transcurrieron dos y otros seis hasta sumar ocho.

En definitiva, aquello no andaba.

En verdad, aquello no anduvo desde un principio, pues comenzó a despertar al alba con una extraña sensación que se iba repitiendo cada mañana, algo que no era estrictamente físico como es un dolor en una parte cualquiera del cuerpo o ese fastidio del que ha dormido sin lograr descanso, no, lo suyo parecía ser de otro orden pues empezaba el nuevo día y ansiaba sin embargo continuar echado, así, de espaldas, los ojos puestos en el techo, la mente en blanco porque algo le aplastaba contra la cama, una voz, una voz interior, una voz insidiosa que se aprovechaba del estado de duermevela para atacar, pincharle, hacerle preguntas, siempre las mismas, muy simples, fácilmente rechazables pero que con el tiempo fueron desarmando sin remedio su razón, voz astuta que preguntaba como si no se dirigiera a él ¿para qué levantarse, caminar, dar órdenes, organizar la jornada, para qué esforzarse en mirar lo que es desagradable mirar, para qué enfrentar el sol y sentir todo el día la boca y la garganta como un hueco salobre, para qué esforzarse en jugar el papel de hombre activo? y cuando ya no pudo responder a las preguntas, rechazarlas con un encogimiento de hombros, con actitudes, levantándose, dando órdenes, organizando la jornada, se pensó como un elefante al que le han cortado los tendones de los cuartos traseros, y se puso a repetir cada mañana "debemos regresar, "Bruno" " y al cabo de ocho meses aquello fue como habitar en un reducido cuarto blanco y circular donde uno camina encguecido por la explosión fija y perpetua de la luz, desliza la mano por el muro sintiéndolo uniforme, sin asperezas, sin variaciones, continúa adelante y tras un rato comprende que ha retornado al punto de partida.

Cada mañana entraba la hija del capataz para llevarle el desayuno. Rosario: una anciana de veinte años, rostro grisverdoso, pecho hundido y una gruesa trenza aceitosa que daba reflejos de un azul metálico. *Viste la misma ropa que le observo usar desde mi llegada: una pollera y una blusa que parece hecha con la tela de un paraguas desteñado.* Jamás se hablaban. La muchacha se acercaba muy despacio, con la bandeja insegura, temblorosa en sus manos, sonriéndole tímidamente, enseñándole los dos colmillos amarillentos, únicos adornos de su boca, y dejaba la taza de café y el plato con la tortilla en el velador para marcharse en seguida, sin hacer ruido, pisando apenas sobre sus sandalias de cáñamo.

El café lo bebía él; la tortilla era de "Bruno", desde un principio, por derecho tácito. La tortilla al desayuno, la cama al mediodía, la mitad de un plato de carne a la hora de almuerzo; al atardecer, el umbral de la puerta que daba al oriente y el fondo azucarado de la taza de café después de la comida nocturna. Hábitos, rituales que repetía cada jornada sin omitir uno solo, la lucha de un perro contra el tedio, como un hombre que sigue afeitándose y bañándose y cambiándose de ropa aunque esté completamente solo, aunque lo haga únicamente para sí. *"Bruno" ha inventado sus hábitos, sobre ellos ha organizado su vida en este país, en este clima donde el reloj parece detenido a perpetuidad en la marca del mediodía y todas las estaciones se llaman verano, en estas horas que se desprenden del tiempo con la resistencia elástica de la gota de aceite, en esta luz y estas sombras que afuera parecen arrastrarse con pereza en su tedioso camino hacia la noche sofocante.*

Habían cumplido diez años de camaradería. Durante ese tiempo el perro había soportado sus golpes y aceptado sus caricias de la misma manera que el niño recibe los regaños o los mimos de sus padres: sólo porque de ellos provienen. Se amoldó a lo que su amo-compañero-hermano-padre quiso hacer de él, admitió una lenta y tal vez dolorosa educación que iba en contra de su naturaleza, adoptó de su mano y de sus palabras costumbres y conductas que siempre se han

estimado privativas de los hombres. Había aceptado todo eso sin rebelarse jamás, hasta que en ese país algo comenzó a fallar.

Después de beber la taza de café se quedaba dando vueltas en la cama, haciendo recuerdos, imaginándose en su verdadera casa, entre su verdadera gente, luego miraba el reloj y era hora de levantarse, hora de hablar con los hombres que le estaban aguardando ya, agrupados a la sombra de los papayos, hora de hablar con ellos, darles instrucciones para el trabajo, indicarles sus deberes, distribuirles las largas horas de los largos días, hora de hacer lo que cada vez le resultaba más penoso hacer, hora de levantarse, pero se quedaba unos minutos todavía, dando vueltas en el fondo de arena caliente de la cama y cuando al cabo se decidía (sandalias, pantalón liviano, una camiseta) era hora de situarse al pie del muro y marchar en círculo.

Ocupaba parte de la mañana en los asuntos de la plantación y después de almuerzo iba a encerrarse en uno de los cuartos de la casa, daba cuerda al gramófono, ponía sobre el platillo uno de los dos discos que quedaban de los treinta que llevó (*el resto se ha partido o doblado por el calor; a los libros los devora una polilla negra*) y se arrastraba hasta la mecedora de mimbre.

En la "sala de música" he reunido la sobrevivencia de ocho meses de paulatina desintegración. Un estante de tabla basta contenía lo que quedaba de sus libros: "La Divina Comedia" en una edición ganada en el último curso del colegio, el "Tartarín" y un tomo único de "La Comedia Humana"; a la izquierda colgaba el diploma amarillento de su título académico encerrado en un marco sin barniz y un mapa de su tierra natal fijo al muro con cuatro tachuelas; más allá, dos fotos: el abuelo rodeado de sus perros; en la otra, "Bruno" y él en el jardín de la casa. *¿Te acuerdas: esa en que estoy en cuclillas y "Bruno" estira el hocico hacia mi cara en un ademán de lamirme la mejilla?*

El abuelo tuvo once perros y tres hijos; su padre ocho perros y un hijo; él: ningún hijo y apenas tres perros: uno murió envenena-

do, al segundo lo mató una mina magnética enterrada en una playa. Sólo le quedaba "Bruno".

El abuelo poseyó los perros más extraordinarios. Los crió como a hijos al enseñarles disciplina, buen comportamiento y mesura ante los huéspedes de la casa, pero lo hizo de un modo tan sutil que nadie habría podido decir que los había amaestrado como sucede con esos monstruos que exhiben en las ferias, esos animalitos que provocan la risa, la emoción o la lástima porque han perdido ciertas características de su especie.

El viejo los alimentaba como se hace con un príncipe real. Si alguno caía enfermo, toda la casa vivía tiempos dramáticos, una atmósfera de desazón e irritabilidad se apoderaba del lugar y los sonidos y la misma luz parecían atenuarse, pero nadie ignoraba que si los perros se enfermaban era por exceso de alimentación. Todos murieron, o diabéticos o gotosos o cirróticos o con hipertrofia cardíaca, así al menos lo contaban aquellos que secretamente se reían de las costumbres del abuelo. Un visitante que siempre había mirado con una mezcla de sorna, escepticismo y asombro la devoción del viejo, comentó un día en alta voz que en esa casa los simpáticos animalitos nacían perros pero morían humanos.

Por las noches acostumbraba a buscar onda corta en una radio que le prestaba el capataz. Buscaba voces en otros idiomas, voces en su lengua, pero las malditas voces se acercaban para alejarse de inmediato entre silbidos, vibraciones y carraspeos, voces elásticas que se estiraban y se encogían, que huían a un fondo negro y regresaban acompañadas de otras voces para hacer una venia burlona y desaparecer como voces de espíritus que flotaran en otros espacios. Y si no era la radio, era el gramófono que dejaba escapar una chirriante versión de "El soldado de chocolate" interpretada por una asmática orquesta vienesa, una grabación tan antigua que la música también parecía llegar desde lejos. Y descorchaba una botella de ron y llenaba un vaso hasta el borde y luego de "El soldado de chocolate" venía

el segundo movimiento de la Pastoral y terminado el segundo movimiento de la Pastoral, nuevamente "El soldado de chocolate" y cric-crac-cric-crac-cric-crac hacía la mecedora y tac-tac los cascarudos contra los vidrios de la ventana y luego de Strauss, Beethoven y luego de Beethoven, Strauss y uno-dos-tres-uno-dos-tres-uno que surgía del fondo del tiempo, de violines polvorientos y acordeones con el fuelle reseco y otro vaso de ron lleno hasta el borde para refrescarlo y vamos haciendo que el cuarto se colme de la misma música como aire viciado y caminar en círculo hasta que no tardaba en venir el sueño.

Caimanes, 16 de marzo

el asunto no marcha, no sirvo para este trabajo, para esta clase de ocupación ¿por qué demonios me vine a enterrar aquí?; "Bruno" no se acostumbra al agua, la que le provoca continuas diarreas, y ahora el asunto del eczema en la pata derecha; me hice un corte en el labio al afeitarme o sea quince días con la boca como jeta de negro a causa de los estreptococos; la cerveza no es mala, pero no hay otra cosa para beber salvo el ron; se goza el primer vaso, se goza el segundo pero no los restantes, sin embargo hay que seguir bebiendo porque la sed persiste con su gusto salobre que se te instala en la boca y en la garganta; la gente es lacónica, evasiva, indolente, no me odian ni me quieren: les doy igual, sí patrón, sí patrón, mande usted patrón, pero se les pide un consejo o se les consulta al parecer sobre algo y usted manda patrón, como usted ordene patrón, me quedo un año y regreso si el país no me absorbe antes (esto en broma porque me podrá liquidar pero jamás absorber); a "Bruno" también le repele el país con toda su gente, el día que llegamos, un nativo, un pobre viejo que andaba por ahí chupando un palo, intentó acariciarlo: ¡si hubieses podido ver la cara de fastidio de "Bruno"!

En el margen de un libro de contabilidad anotó con trazos nerviosos:

“¿En qué demonios termina esto, cómo acabaremos, muertos, locos o simplemente se retrocede a un estado primitivo, se transforma uno en roca o en planta seca?”

Sin fecha. Todo subrayado.

Algo comenzaba a fallar.

Algo comenzaba a fallar en “Bruno”.

¿Sólo en “Bruno”?

Una noche se sintió tentado de volver a vestir uno de los trajes de franela que no usaba desde su arribo a Caimanes.

El sueño tuvo la culpa. El sueño lo indujo a hacerlo, ese sueño que comenzaba a repetirse con demasiada frecuencia, aun a la hora de la siesta, sueño más poderoso, más avasallador que la incomodidad que le provocaba en la piel su contacto con aquella ropa demasiado gruesa.

Sonó que estaba nublado, que caía la lluvia, que caía la nieve. Sonó con sus compañeros de colegio. Sonó inmensas extensiones de pasto verde, húmedo y fragante y altos árboles. Sonó aire, aire tan fresco que hacía doler la piel. Sonó el océano y una playa barrida por el viento y la bruma. Sonó con una muchacha de cabellos claros y tez asombrosamente blanca. Se encontraban al pie de una fuente gigantesca que abría un abanico de agua. Él le habló de Caimanes prometiéndole que jamás regresaría allí. La muchacha sonreía todo el tiempo. “¿Te llamas Rosario?” —le preguntó entonces él con miedo, con súbito recelo. “No, no me llamo Rosario; puedes tocarme si quieres”. Y aquel sueño deliciosamente convencional como todos los sueños de los desterrados y los solitarios, acabó por diluirse en jirones de escenas que nada tenían que ver con él ni con la muchacha de tez blanca: prehistóricos paisajes de terrazas, ciudades muertas con plantas secas y polvorientas pegadas a sus muros.

Despertó inquieto de ese sueño, dominado por una angustiada nostalgia. Nunca hasta entonces la sensación de encierro, de clausura total e irremisible había sido tan viva que de las maletas fue a sacar

uno de aquellos trajes de tela gruesa; sacó también una camisa blanca y una corbata de seda y se vistió con parsimonia, evitando pensar en su impulso, tratando de meter toda el alma en el sueño, esforzándose por que sus últimos estímulos no se desvanecieran todavía. Luego sacó una silla, la instaló en el porche y se sentó a fumar un cigarro.

A lo largo del día el termómetro no había dejado de indicar los 35°; al anochecer los relámpagos iluminaban las siluetas de las montañas.

“Bruno” apareció desde alguna parte; venía con la cabeza gacha y el paso furtivo, como si acabase de encontrar un rastro de olor que lo perturbara, y luego de subir sigilosamente las tres gradas del porche, se fue acercando a él con lentitud.

Sin moverse de su silla, sin llamarlo siquiera, lo dejó hacer. De súbito, sin que mediara transición notoria alguna, había comenzado a divertirse. Había despertado del todo, ya no vivía más la prolongación del sueño, y el calor, y los relámpagos que abrían surcos en la oscuridad, allá, en el borde del mundo, le hacían sentirse como un disfrazado que está jugando una broma macabra. Y también estaba la lluvia que se anunciaba pero que jamás caería y la casa solitaria y silenciosa y la letanía de un borracho tumbado entre los matorrales y el rumor de las alimañas nocturnas y el ladrido rabioso de los perros salvajes y ese país, ese país, el país entero que también era como una broma macabra.

Siempre desde su sitio, desde el tercer y último peldaño de la escala. “Bruno” se puso a olfatearlo. Lo hizo primero a distancia, desde un par de metros, luego, dejándose casi resbalar por el suelo, desde más cerca, avanzando con las orejas gachas y el cuerpo en postura recelosa, dispuesto a saltar o a huir, luego cuando estuvo a pocos pasos lanzó un bufido seco como estornudo, como si el olor de aquella ropa le hiciera cosquillas en las narices, y retrocedió con brusquedad hasta unos arbustos y allí permaneció engrifado,

ladrándole con verdadera furia hasta que él, riendo a gritos, decidió acabar con la broma.

Solamente cuando volvió a guardar el traje en la maleta y vistió otra vez su ropa de todos los días, el perro le permitió acercarse para que le curara el eczema que venía infectándole la pata derecha.

Algo comenzaba a fallar.

Haciendo una mañana una pausa en el trabajo fue hasta la casa para beber una botella de cerveza. Haciendo el camino de vuelta sorprendió a "Bruno" con el hocico enterrado en un montón de basuras. Apenas advirtió su presencia, el perro levantó la cabeza en actitud alerta y lo miró sin dejar de masticar lo que había recogido, entornando los ojos como un "gourmet" en pleno deleite de un manjar.

Como de un tiempo a esa parte venía sorprendiéndolo en el paladeo de restos de animales muertos, pájaros, ratas y también reptiles, decidió acercarse y reconocer en qué consistía esta vez el bocado. Pero al percibir su ademán, "Bruno" retrocedió en dos saltos violentos y comenzó a gruñir, gachas las orejas y desnudos los dientes. Aunque era insólita, no se sintió en absoluto intimidado por esa reacción suya, en cambio cogió una varilla y se adelantó hacia él mientras la sacudía ante su hocico. "Bruno" se cerró a ladridos. Se le habían erizado los pelos del lomo y la piel del hocico se arrugaba en una mueca de ferocidad, pero en vez de atacar prosiguió con los ladridos histéricos mientras avanzaba una poco, retrocedía, emitía agudos gemidos, se engrifaba girando en sí mismo. Así fue como en una de esas evoluciones cuando él pudo ver con perfecta nitidez la pasta café-rojiza, ligeramente espumosa, que se le deslizó por las comisuras del hocico y no le resultó difícil reconocer en aquella sustancia viscosa una pequeña porción de excrementos.

Conteniendo la rabia dio media vuelta y regresó donde los hombres ocupados en enfardar el tabaco. A ratos estuvo brusco, casi

hostil, con ellos, pero los hombres continuaron haciendo su trabajo, indiferentes, sin alterarse ni buscarle explicación a esa rabia suya tan repentina. Por un momento estuvo a punto de prohibirles que siguieran defecando en el basural al costado del sendero, pero recapacitó diciéndose que sería una orden inútil.

Luego pensó en "Bruno", encerrado ahora en uno de los cuartos de la casa. El eczema había aparecido en la pata izquierda. Sin embargo lo del eczema no le preocupaba tanto como el cambio de carácter, el estado de malhumor casi perpetuo que había empezado a demostrar y esas costumbres repugnantes que estaba adquiriendo.

De los ocho perros que tuvo su padre recordaba a uno en particular. Le pusieron "Fradique" pero todos lo llamaban "Fraqui". Era un ovejero de color aleonado que un día apareció en la puerta de la casa, famélico y todo cubierto de sarna. Aunque había sobrepasado ya la etapa de cachorro, "Fradique" terminó por asimilarse a la vida refinada de animal doméstico que su padre siempre se había empeñado en inculcarles a todos los perros que tuvo.

Tenía alrededor de diez años cuando "Fradique" empezó a morir. Su agonía fue larga, dura, cruel, como la de un cuerpo que muerto ya por dentro ha comenzado a desintegrarse mientras su envoltura aún permanece viva y su conciencia comprende lo que está sucediendo. Hasta que un día no pudo levantarse más. Dolorosamente echado sobre un colchón —inmóvil, el aliento corto, los ojos cerrados— semejaba una vieja bolsa de piel opaca. En tanto, en casa todos sentían cada noche que pasaba como la última; la última y la más terrible. Pero llegaba la aurora y el pobre animal seguía allí, negándose obstinadamente a que muriera la pequeña parte viva que todavía quedaba en él.

A veces morir no es fácil, no obstante un día llegó el fin. Ocurrió poco antes del amanecer, a esa hora que eligen para abandonar este mundo los que han vivido demasiado.

La enfermedad que atacó su organismo y que fue consumiéndolo en sus últimos meses de animal privilegiado, tuvo para todos un

nombre no inscrito en los archivos médicos: "exceso de vida civilizada", una dolencia que se instaló en el perro apenas hubo cruzado el umbral de la casa, abarcando su organismo entero; una especie de invisible lombriz que crecía y se desarrollaba en proporción directa al bienestar, la alimentación y la rutina.

Pero había una cosa que recordaba con mayor exactitud. Ocurrió durante ese período previo a la postración final, cuando el perro aún iba y venía por la casa. Podía recordar que a cada paso encontraban la presencia de su muerte. Como si de golpe hubiese querido olvidar las enseñanzas de cuidado y delicadeza que se le obligó a cumplir por años en sus menesteres fisiológicos, la densa fetidez de sus excrementos y de sus vómitos recorría la casa, de habitación en habitación, para ir a estancarse en cada uno de los rincones. Era su rebelión, la tardía rebelión de su naturaleza, su último desafío a esas "buenas costumbres" que comenzaron a inculcarle desde el primer momento de su llegada.

II

Descubrió un nuevo trabajo, un nuevo trabajo en que ocupar su tiempo, en que distraerse: la reparación de un viejo coche que había adquirido con la plantación. Por las tardes, luego de almorzar salpicado de gotas de luz bajo un techo de caña *que hice construir como "comedor de verano"*, se iba al galpón que usaba a modo de garaje y ayudado por Anselmo, anselmoagapitovaliente que presumía conocer todas las técnicas y efectuar todas las faenas que le encomendaba, empeñábase en desmontar las oxidadas piezas del Ford para ir dejándolas en un recipiente con kerosene. El trabajo estimulaba su fantasía: aquellas planchas de metal herrumbroso eran un puente tendido sobre un abismo; un puente imaginario sobre un abismo insalvable.

Anselmo Agapito Valiente le aguardaba cada tarde con sus "blue-jeans" desteñidos, su camiseta color mugre y su sonrisa de siempre

y entre muchos "sí, patrón, sí, patrón" hablaba de mil cosas triviales mientras le alcanzaba las herramientas.

—Mucha calor —decía secándose la frente con un trapo— Mucha calor, calor como peste. Terrible, terrible.

—Así es —respondía él a la cháchara, medio cuerpo enterrado en el vientre del coche y sentía arder sus pies dentro de las sandalias y Anselmo Agapito Valiente olía mal, tan mal que a ratos le parecía que el olor pasaba a su propio cuerpo.

—Mucha calor y tú tranquilo —insistía el muchacho.

—¿Y qué puedo hacer? —le preguntaba él, en un intento de cortar esos comentarios ociosos.

—¡Eres formidable! —exclamaba el negro rompiendo a reír con todos los dientes mientras iniciaba con el cuerpo un movimiento de danza.

Su historia fue durante meses tema de todos los días. Su mujer, una mulata según dicen nada de mal parecida, escapó sorpresivamente con un blanco que venía del norte, un fotógrafo ambulante que iba de aldea en aldea encantando con el milagro del retrato coloreado. El asunto se decidió en un par de días; Anselmo Agapito Valiente se quedó solo con su sonrisa, que no desapareció de su rostro, pero todos desconfiaban de él.

—¿Irás a la capital, patrón?

—No sé.

Miguel Angel dijo que sí.

—El capataz no manda, Anselmo.

—¿Tú mandas?

El se limitó a sacar la cabeza del vientre del coche para mirarlo sonriendo.

—¿Qué crees tú?

Anselmo le devolvió la sonrisa.

—"Bruno" manda.

Ambos se echaron a reír.

La gente despreciaba a Anselmo porque no fue tras de su mujer, porque no mató al blanco ni llevó a efecto esos ritos de purificación tan necesarios para andar otra vez con la frente en alto.

Para mí, Anselmo es un muchacho, apenas un hombre, ¿sabes?; en cambio para los otros, ¿qué es? Pensó en las risas encubiertas o en los silencios bruscos que provocaba su presencia, el cuchicheo burlón, el apodo humillante para la virilidad que pasa de boca a oído. Frente a eso, él debía callar o cerrarse a golpes. Pero mi amigo Anselmo Agapito Valiente es de los que callan; es un "rumiador"; en su extroversión sólo manifiesta lo que en él no es esencial.

Habían terminado de desarmar el radiador. El negro sumergió las piezas en el recipiente con kerosene, se limpió las manos y se secó el sudor de la frente y del pecho con el trapo.

—Patrón. . .

—¿Qué pasa ahora, Anselmo?

—Si vas a la capital, ¿buscarás mujer?

—¿Quieres que compre una?

—¡Ja, ja! ¡Claro que no! . . . Pero dime, patrón: ¿te vas a quedar en el país?

—Quizá. No sé.

“Debí decir “no”, pensó en seguida.

—Entonces, ¿no te gustaría casarte? En la capital hay señoritas guapas. Podría buscar una, enamorarla y traerla aquí. Muchos gringos lo han hecho. Se han quedado, han conseguido mujer guapa y no han vuelto a pensar más en su tierra. ¿Tú piensas mucho en tu tierra?

No respondió. Desde el garaje alcanzaba a ver los senderos que recorría con “Bruno” al atardecer. Se paseaban un rato. Intentaba llegar con la vista más allá de los cerros estériles y regresaba, convencido de la inutilidad del paseo, sintiendo que daba igual salir o quedarse en casa.

—¿Te gusta aquí, patrón?

A esa misma hora, en Caimanes, figuras sentadas en los umbrales de las casas, o en el suelo de la calle, apoyadas las espaldas contra los muros de adobe y cal, comparaban el día que iba muriendo con el anterior y podían imaginar sin mucho esfuerzo cómo sería el siguiente.

—Quizá no te agraden las señoritas de aquí, patrón.

Al ver que él no le respondía, el negro sacó del bolsillo una gastada cartera de cuero.

—Yo conozco la capital, patrón. Yo hice el servicio militar allá, ¿ves?

Extrajo de la cartera un papel bastante manoseado y se lo enseñó:

—Estuve dos años en el cuartel, ¿ves?

El le echó una rápida mirada al documento y movió la cabeza, asintiendo en silencio.

El negro prosiguió:

—Yo era un buen soldado. Este papel lo dice. ¿Ves? Buen jinete, buen andador, buen fusilero. ¿Ves? Aquí lo dice. Anselmo Agapito Valiente es capaz de darle a una mosca a veinte pasos. ¡Ja, ja, ja!

Mientras reía, gatilló hacia la distancia con un fusil imaginario.

—¿Sabes disparar, patrón?

—Un poco.

—Podríamos hacer competencia. ¿Fusil? ¿Pistola? . . . ¿Ametralladora? . . . ¿Cañón? . . . ¡Ja, ja, ja! ¡Cañón! ¡Formidable!

Arrojó al aire una herramienta y, girando sobre sí mismo, acabó por recibirla en una mano.

—¿Competencia, patrón?

—Me ganarías —respondió él sin entusiasmo.

—¿Yo ganarte? ¿Ganarte a ti, patrón? —La idea le llenó de placer y orgullo.

—¿Por qué no? —dijo él con sencillez.

—¿Tú no hiciste el servicio militar en tu país?

—No.

—¡Ja, ja! Patrón flojo. ¿No sabes manejar un fusil, entonces?

—No.

—¿Pistola?

—Sí, pero tengo mala puntería.

—Tú tienes pistola. Yo la he visto. Hagamos una competencia con tu pistola. Contra los pájaros, ¿quieres? Contra un gallinazo.

—No me gusta disparar contra los animales, Anselmo.

Esa habría sido la respuesta del abuelo en una circunstancia similar.

—Ahora prosigamos con el trabajo.

Descubrió que al motor del coche le faltaban tres piezas vitales. No le quedaba otra salida que encargarlas a la capital. Tres semanas, un mes de espera. Suspendió indefinidamente el trabajo.

Pensó en mantener un diario de vida.

Se dispuso a aprender cada día veinte versos de "La Divina Comedia" como ejercicio de memoria.

Hizo los cálculos para pintar personalmente todos los cuartos de la casa, pues se dijo que el trabajo manual era una ocupación sana.

Había llegado el momento de redactar una crónica de su familia.

Tal vez a la larga resultaba productivo aprender la técnica de la destilación del ron.

Elaboró una carta dirigida al Gobierno Central con copia para el Ministerio de Salubridad Pública solicitando una campaña de vacuna antivariólica que abarcara toda la región de Caimanes.

Elaboró una carta en la que encargaba a un garaje de la capital las tres piezas que le faltaban al motor del coche.

Ninguna de las dos cartas fue enviada.

El eczema continuaba avanzando. De las patas había pasado a los muslos, sembrando esa zona con manchas de un color rosa blanquecino, ligeramente seroso y desprovistos de pelo, como tajadas de jamón recién cortado.

Todas las noches le untaba ambas extremidades con una pomada negra y las envolvía en vendajes para impedir que el perro se lamiera. "Bruno" se entregaba a la operación sin hacer resistencia. Por el contrario, luego de lanzarle una mirada llena de apatía, dejaba caer la cabeza en el suelo al tiempo que soltaba un hondo suspiro.

4 de julio: "Bruno" no quiso salir a dar su paseo matinal. Orinó en el pasillo. Jamás lo había hecho.

5 de julio: Va a ser forzoso llamar a un veterinario. Por lo del eczema y por lo otro.

7 de julio: He continuado con el procedimiento de las curaciones caseras. Apenas come.

Esa noche hizo lo de siempre. Lavó primero las llagas con ácido bórico disuelto en agua tibia y aplicó sobre ellas una gruesa capa de pomada, la que en seguida protegió con vendas.

Se quedó un rato monologando con el perro, repitiendo las mismas frases de cariño mientras su mano subía y bajaba, deslizándose por la piel, de la cabeza al lomo.

Más tarde, cuando se estaba quedando dormido *lo sentí moverse, levantarse, dar vueltas en torno a la pieza, gemir y por último rasguñar con insistencia la puerta.*

Fue a abrir la puerta para que saliera y orinase en el pasillo, y volvió a la cama. Desde ahí podía oír el ruido del líquido que chasqueaba amortiguado y sin interrupción contra el piso de baldosas. Luego pasó un buen rato sin que se escuchara sonido alguno. Después se durmió sin saber si "Bruno" había regresado o no a la pieza.

Sus ladridos lo despertaron alrededor de las cuatro de la mañana. Ladraba invisible, en alguna parte de la plantación, pero cerca de la casa. Enmudecía súbitamente para recomenzar en otro sitio. *Tuve que levantarme varias veces y salir a buscarlo a la luz de la linterna, pero no pude hallarlo.* "Bruno" ladró otro rato para luego callar definitivamente. Por la mañana lo encontró en la galería. Al verlo, "Bruno" agachó las orejas, como si se aprontara para un castigo. *16 de julio: no quiso tocarlo, en cambio le pregunté con ternura qué*

lo tenía tan inquieto. Tiritó bajo mi mano como si estuviera afiebrado; a ratos gemía y se arrastraba por el suelo hasta que al fin se echó a dormir y no despertó hasta muy avanzada la tarde.

Por la noche se puso a fumar un cigarro de hoja mientras bebieron en la "sala de música", hundido en la cric-crac-cric-crac escuchando al Beethoven mutilado y al dulzón uno-dos-tres-uno... , recluso en la jaula de sonidos, en la convivencia obligada con seres que ha dejado de amar. *Si voy a la capital compraré discos; algo alegre, estridente.* Afuera los perros del pueblo no cesaban de ladrar. Simultáneamente, de un poco más lejos, llegaban unos aullidos prolongados de los perros de los montes, los comedores de basura, canes mostrencos en estado salvaje que descendían cada noche para devorar los desperdicios que la gente arrojaba a la calle.

"Bruno" se había puesto de pie y alzando las orejas miraba con insistencia hacia la puerta. Luego pegó el hocico contra ella y la olfateó con mucho ruido, entre largos gimoteos que parecían sollozos.

—¡Basta, "Bruno"! ¡Vaya y acuéstese! ¡No haga caso! ¡Acuéstese, le digo!

El perro le dirigió una mirada de indiferencia y fue a plantar ambas patas contra la hoja de la puerta.

—¿Quiere salir?

Los aullidos habían cesado. Sólo permanecía el alboroto de los perros del pueblo.

—Si tiene calor acuéstese en el umbral... acuéstese... ¡acuéstese le digo!... quieto... eso es...

Y dejó la puerta entornada con el fin de controlar sus movimientos. Sin dejar de observarlo estiró el brazo y colocó nuevamente la aguja en el surco. Un gran moscardón verde y negro se puso a zumbear por el cuarto, volando de pared a pared. Uno-dos-tres-uno-dos-tres-uno y el cuerpo del moscardón que crepita al golpear contra los muros y la mecedora cric-crac-cric-crac y Beethoven y Strauss y Strauss y Beethoven y nuevamente Strauss y uno-dos-tres-uno-dos-tres-uno y el vuelo del moscardón que se hace paulatinamente más

lento y circular. Un día el abuelo muerto; muerto junto a todos sus perros; su padre buscando un metafórico aniquilamiento en los místicos orientales; entonces se dio cuenta que ya nada tenía que hacer allá, entre los escombros y la ceniza, y cuando hubo una oportunidad partió aunque no fue fácil porque el asunto era nada menos que abolir todas las nostalgias y adaptarse a otros seres y aceptar otras lenguas y otras estéticas de vida *¿piensas mucho en tu tierra, patrón?* pero quizá patria signifique tan sólo una casa, un paisaje, un conjunto de rostros queridos, muerto todo eso *¿qué queda? ¿podrías buscarte una señorita en la capital, patrón, enamorarla y traerla aquí* es el destino, el único tal vez, habitar nuevas casas y dejarse absorber por nuevos paisajes y reemplazar los rostros amados y tal vez Caimanes no es tan terrible, tan abrumador y dentro de dos generaciones ninguno de los míos sentirá nostalgia por el lugar de donde vine.

Algo había irritado a los perros del pueblo. De rutinarios los ladridos habían pasado a ser más enérgicos, casi furiosos.

Mecánicamente buscó a "Bruno" con la mirada: no lo encontró.

De dos saltos llegó al porche y desde ahí se puso a llamarlo a viva voz.

Se lanzó a recorrer los alrededores de la casa alternando su nombre ¡"Bruno"! ¡"Bruno"! con el silbido que empleaba para hacerse obedecer.

Como respuesta al llamado apareció una sombra. Era Anselmo Agapito Valiente que llegaba fumando un cigarrillo.

—¿"Bruno", patrón?

—¿Lo has visto? —le preguntó agitado.

—No, patrón.

Los aullidos se repetían en los montes, como señales; eran las once. Buscaron entre los matorrales que rodeaban la casa, alumbrándose con la linterna.

—Patrón. . .

—¡Qué!

—Creo que también “Bruno” necesita hembra, patrón.

—Cállate o te vas.

—Mañana, patrón —dijo el negro al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Digo que mañana, patrón; así no se puede; mañana bien temprano lo buscamos tú y yo, ¿quieres?, lo buscamos hasta encontrarlo y entonces. . .

Calló de golpe, pero en su boca quedó una sonrisa de oreja a oreja. Los dientes se destacaron más blancos todavía.

El lo miró en silencio. No le agradó su mirada. Algo oscuro, terrible, sucio, se insinuó a través de ella.

Negro loco, pensó sin saber bien por qué. Y dando media vuelta entró en la casa.

Se durmió en la mecedora. Lo último que alcanzó a escuchar fueron los ladridos de los perros del pueblo y el aullar de los “comedores de basura”.

Despertó.

Despertó con el cuerpo adolorido y su único pensamiento clavado en medio de la frente: “Bruno”. Fue a hablar con los hombres, pero nadie pudo darle una respuesta, nadie lo había visto desde ayer. Volvió a buscar su sombrero y entre todos hicieron una batida por la plantación, con el sol pegado a la nuca. ¡“Nada! ¡Mierda!” Fueron al pueblo Anselmo y él. Anselmo hacía preguntas, recogía noticias, datos. Todos querían dar la impresión de ser útiles y se titubeaban en mentir, en contar falsedades sobre el paradero del perro, en proponer pistas sin sentido. El se quedó un poco aparte, buscando en la distancia la figura de “Bruno”, tratando de reconocer su silueta en las decenas de perros que pululaban entre las casas, pensando en la actitud que tomaría apenas apareciera.

El camino de vuelta a la plantación se le hizo más pesado. Le dolía la cabeza. Anselmo hablaba sin parar. El ya no le respondía, ni aún con monosílabos. Una rabia extraña tendía a dominarlo.

Trató primero de sofocarla por medio del raciocinio, pero al final se entregó a ella.

—¡Por el amor de Dios, cállate!

Y Anselmo:

—Sí, patrón, sí, patrón; el calor es terrible; como la peste; ¡formidable!

Una vez en la casa fue a buscar una correa que le servía para asegurar las maletas y la probó contra una mesa. Golpeó una, dos, tres, cuatro veces, con furia ciega, hasta sentir que le ardía la mano. A cada golpe, nubes de polvo amarillo iban a teñir un rayo de sol que entraba por el tragaluz.

Escuchó una risa a su espalda. Era el negro que furtivamente lo había estado espionando por la ventana.

—¿Qué demonios haces aquí? —le gritó con rabia— ¿No te ordené que te fueras?

—No, patrón, sólo me dijiste que me callara.

—¡Vete entonces!

—Patrón, yo creo que estás celoso.

Y lanzó una carcajada burlona.

Ante la amenaza de la correa optó por desaparecer.

“Pobre idiota”.

En medio de su rabia recordó la historia de su mujer con el fotógrafo, el blanco del norte, ese rostro que no fue capaz de golpear. Sintió lástima por Anselmo y repugnancia por su mirada de ansiedad demente cuando le observaba dar los golpes de correa contra la mesa.

Pasó el día tragándose la rabia que le causaba la desaparición de “Bruno”, pero lleno, al mismo tiempo, de una dolorosa incertidumbre.

Por la noche el perro no había regresado.

Se emborrachó en la “sala de música”.

Rosario entró a decirle que habían visto a “Bruno” con otros perros.

—¿Con los “comedores de basura”? —fue su inminente pregunta.

—No, patrón; con algunos perros del pueblo.

Se puso de pie de un salto.

—¿Dónde están los hombres?

—Han ido a cogerlo, patrón.

—¿Sin avisarme? . . . ¿Qué se han creído?

—Anselmo los llevó, patrón —respondió Rosario retrocediendo cohibida.

“¡Ese maldito idiota!”

Fue a buscar el sombrero, pero apenas hubo salido, un murmullo de voces lo detuvo en el patio.

El lugar olía a sol, a polvo, a plumas quemadas.

Un grupo de hombres se dirigía hacia él. Anselmo Agapito Valiente iba entre ellos, muy ufano y hablando sin parar.

—¡Aquí, patrón, aquí, patrón! —exclamó al verlo.

Se adelantó y llevándose la mano derecha a la visera de una gorra imaginaria, se cuadró haciendo sonar los tacos.

—A sus órdenes, patrón: fuimos a buscar al infiel.

Hubo risas entre los hombres.

“¡Payaso estúpido!”

—¿Dónde está “Bruno”? —preguntó sin hacer caso al negro, dirigiéndose al capataz, Miguel Angel, un indio de expresión cerrada, toda la cara picoteada de viruela.

—No lo hallamos, patrón —respondió después de un momento.

—Su hija me contó que lo habían visto con algunos perros del pueblo.

—Sí, pero no lo hallamos —volvió a decir el hombre.

—El perro es peligroso, patrón —dijo una voz en el grupo.

“Peligrosa será tu abuela”.

—¿Por qué peligroso? —exclamó buscando con los ojos al que acababa de hablar.

—Mató al perro de Pastor Zeballos —dijo el capataz— Se le echó encima y ahí mismito quedó el perro boqueando en el suelo. Tu perro se volvió loco, patrón, eso es lo que digo.

—¿Loco? “¿“Bruno” loco?” El término le hizo reír. Pensó entonces en la hidrofobia, pero él sabía reconocer sus síntomas. Además “Bruno” estaba vacunado.

—El perro es peligroso, patrón —volvió a decir alguien— No puedes dejarlo suelto.

Los hombres le miraban fijamente.

—Salgamos a buscarlo —propuso otro.

—¡Nada de eso! ¡Nadie se mueve si yo no lo ordeno! —exclamó con vigor— Pensaré primero en lo que haremos.

Regresó a casa y comenzó a registrar uno de los cajones de la mesa.

Anselmo había ido tras él. Cuando vio la pistola en su mano, sonrió satisfecho.

Se miraron un momento. Pero él se guardó el arma en el bolsillo. El negro sacudió la cabeza y tuvo una expresión de desencanto.

—Perro peligroso, patrón —murmuró con voz persuasiva— Déjame matarlo. Yo soy buen tirador.

Y sacó la cartera donde guardaba el documento del servicio militar mientras su mirada seguía fija en el bolsillo de la pistola.

—Perro enfermo, loco, patrón. Dame tu pistola. Déjame matarlo. Yo soy buen tirador. Mira, aquí está el certificado.

El negro avanzó con una mano tendida hacia el bolsillo. El retrocedió un poco hasta tocar ligeramente la pared con su espalda. Su mirada tropezó entonces con las dos fotos familiares: el abuelo rodeado de sus perros lo observaba desde el jardín; al fondo, la gran casa, mitad señorial, mitad campesina.

—¡No! —exclamó, reponiéndose— No serás tú quien va a dispararle. Ni tú ni nadie. ¡Ahora, márchate! —le gritó al fin.

Anselmo Agapito Valiente salió sin prisa de la casa.

El se quedó en medio del cuarto. La pistola le pesaba en el bolsillo. Mientras reflexionaba sobre el camino que debía elegir, fue a buscar la botella de ron. Con gesto mecánico puso uno de los discos en el platillo del gramófono, le dio cuerda y fue a sentarse en la mecedora.

De noche escuchó el alboroto de los perros del pueblo. Más lejos, el aullido de los "comedores de basura".

¿Con quién estarás?

No creía que estuviera loco, como decían los hombres de ahí. Ni loco ni enfermo.

Tampoco creo que regreses.

